

ANTONIO SANTANA SANTANA* y GUILLERMO MORALES MATOS**

* Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. ** Universidad Carlos III de Madrid

Conocimiento geográfico y pervivencia de algunas visiones románticas sobre las Islas Canarias

RESUMEN

A través de dos ejemplos paradigmáticos en la historia del conocimiento de Canarias en época ya científica, el mito se ha venido imponiendo al rigor conceptual. De un lado, las observaciones biogeográficas de Humboldt en su ascensión al Pico Teide (Tenerife), cuyos resultados han sido inalterados durante dos siglos, y de otro, la interpretación romántica e hiperbólica del quehacer cerámico en la aldea de La Atalaya (Gran Canaria), son revisados en este artículo. No siempre las interpretaciones de ciertos acontecimientos geohistóricos deben mantener un carácter definitivo.

RÉSUMÉ

Connaissances géographiques et survie de quelques visions romantiques sur les îles Canaries.- A travers deux exemples paradigmatiques dans l'histoire de la connaissance des Canaries à une époque déjà scientifique, le mythe s'est imposé sur la rigueur conceptuelle. D'une part, les observations biogéographiques de Humboldt sur son ascension au Pico Teide (Tenerife), dont les résultats sont restés inchangés depuis deux siècles, et d'autre part, l'interprétation romantique et hyperbolique du travail de la céramique dans le village de La Atalaya (Gran Canaria), sont examinés dans cet article. Les interpré-

tations de certains événements géohistoriques ne doivent pas toujours être définitives.

ABSTRACT

Geographical knowledge and survival of some romantic visions about the Canary Islands.- Through two paradigmatic examples in the history of knowledge of the Canary Islands in already scientific times, the myth has been imposing itself on the conceptual rigor. On the one hand, Humboldt's biogeographic observations on his ascent to Pico Teide (Tenerife), whose results have been unaltered for two centuries, and on the other, the romantic and hyperbolic interpretation of ceramic work in the village of La Atalaya (Gran Canaria), are reviewed in this article. Interpretations of certain geohistorical events do not always have to be definitive.

PALABRAS CLAVE/MOTS CLÉ/KEYWORDS

Conocimiento territorial, idealización conceptual, hechos geográficos inmutables, mitos, pervivencias prehispanicas.

Connaissances territoriales, idéalisation conceptuelle, faits géographiques immuables, mythes, survivances préhispaniques.

Territorial knowledge, conceptual idealization, immutable geographical facts, myths, pre-Hispanic survivals

La tendencia a idealizar en la mayoría de las obras de los viajeros, descubridores, cronistas o científicos de todos los tiempos ha sido proverbial, de ahí también su conocida dificultad en discernir entre lo real y lo imaginado o exagerado. El caso contrario, es decir, el anonimato mostrado por muchos de los que atesoraban conocimiento y no pudieron o no quisieron expresarlo, o los que pecaron de prudencia en sus sabios silencios, ha sido objeto de estudio menos desarrollados en la literatura geográfica de viajes y en el conocimiento territorial. Lo mismo ocurre con la diferencia entre patrón náutico o cartógrafo, en relación con los descubridores o difuso-

res de nuevos espacios geográficos al avance del conocimiento general.

Por otro lado, el llamado «viaje anticipado», científicamente valioso muchas veces por su adecuada programación y estructura, pero plagado en ocasiones de prejuicios y reminiscencias, ha hecho mucho daño a la neutralidad y asepsia del saber. Tal como se pregunta Marie-Noëlle Bourguet (2002): «¿Cuántas expectativas de los viajeros estuvieron previamente modeladas? ¿Cuánto de previsión o improvisación hubo en los movimientos de Humboldt durante su periplo canario-americano?» Al llegar a los albores del siglo XIX creemos que ya no había



FIG. 4. Itinerario de la expedición de Humboldt a las Américas (1799-1804).

de conquista, elementos de la cultura de los canarios, e incluyen descripciones y comentarios relativos al medio natural. Los relatos de los viajes de exploración portugueses por la costa noroccidental africana incluyen descripciones de las islas, en especial de las occidentales, entre los que destacan los de Gomes Eanes da Zurara (1448) y de Alvise da Ca'da Mosto (1455). Durante la conquista castellana del resto del Archipiélago se escriben crónicas de conquista e informes que constituyen un conjunto de textos de contenido esencialmente militar en los que, no obstante, se incluyen algunos datos descriptivos. De entre ellas habría que citar, por el valor etnográfico de sus descripciones, los relatos de Antonio Cedeño, de Pedro Gómez Scudero y de Andrés Bernáldez (Morales Padrón, 1993).

Pero, a partir del siglo XVI, los autores humanistas que escriben sobre las islas lo hacen con una visión más erudita, prestando especial atención a datos naturales y etnográficos, e interpretando los textos clásicos. Destacan las obras de Torriani (*Descripción de las Islas Canarias...*), escrita en 1592; de Espinosa (*Historia de Nues-*

tra Señora de Candelaria), impresa en Sevilla en 1594; de Abreu Galindo (*Historia de la conquista...*), escrita antes de 1600, e impresa en 1632, de la que se realizan varias ediciones y traducciones al inglés; y de Antonio de Viana (*Antigüedades de las islas...*), impresa en Sevilla en 1604, que en su conjunto difunden el conocimiento real de las islas y sus antiguos habitantes por Europa. Sin embargo, los textos de los eruditos humanistas continentales aún transmiten la tradición descriptiva clásica, denominándolas según Plinio. Tal es el caso de las obras de Domenico Silvestris (*Sobre las islas y sus propiedades*), escrita a finales del siglo XIV; de Pierre d'Ailly (*Imago Mundi*), de 1410; de Antonio Nebrija (*Décadas*); y Lucio Marineo Sículo (*De los Hechos memorables de España*), impreso en 1530. De ellos sobresale el libro de Nebrija, en el que se intenta dar una explicación racional al origen de sus pobladores y a su redescubrimiento, en el que aporta datos etnográficos reales. En Inglaterra, las islas se conocen a través del libro de Thomas Nichols (*A Pleasant description of the Fortunate Ilandes*), impreso en 1583, y la descripción del ascenso al Teide de Tho-

mas Sprats, publicado en *History of the Royal Society*, en Londres, en 1667. Así pues, en este siglo se difunden varios libros, en español y en inglés, en los que se describen las islas, su historia, su paisaje y, sobre todo, las características de los pobladores prehistóricos. Pero es en los tres últimos siglos cuando adquieren el rango de verdadero «laboratorio científico» donde obtener datos y verificar hipótesis, y teorías².

II. LA VISIÓN ROMÁNTICA DEL CONOCIMIENTO GEOGRÁFICO EN CANARIAS

El siglo XVIII fue muy fructífero para el conocimiento de las islas³, que adquieren un renovado interés tanto para la cartografía como para la historia natural en cuanto que se descubre la originalidad de su biota⁴ y su naturaleza volcánica⁵, a las que en poco tiempo se añadió el interés por el conocimiento de sus antiguos habitantes. Pero la popularización del conocimiento de las islas llegó de la mano del desarrollo del turismo organizado por los británicos a partir de mediados del siglo XIX, a través de la publicación de libros de viajes y guías turísticas. En 1861 llega a las islas el primer barco con turistas, y antes de finalizar la década de los años ochenta, se incluyen, junto a los archipiélagos de Madeira y Azores⁶, en el primer circuito organizado de cruceros turísticos atlánticos y, en

poco tiempo, se construyen hoteles de lujo y otras instalaciones, convirtiéndose en el *health resort* de moda situado más al sur de la Tierra. Es entonces cuando se definen las dos primeras excursiones turísticas organizadas: la ascensión al pico Teide, en Tenerife, que contaba con una larga tradición entre viajeros y visitantes desde la misma conquista de las islas⁷, y la excursión al monte Lentiscal, en Gran Canaria, que se inicia a principios del siglo XIX, y que incluía la contemplación de la Caldera de Bandama y la visita al pago troglodita de La Atalaya y a los viñedos y bodegas de El Monte.

Es en este contexto histórico-cultural cuando los científicos, los viajeros y los agentes promocionales de la actividad turística van a dejar establecidas dos de las más importantes ideas sobre la interpretación del paisaje y del paisanaje de las islas: el escalonamiento vertical de la vegetación y la pervivencia de la cultura prehistórica. De esta forma, a principios del siglo XIX, en apenas poco más de quince años (1799-1815)⁸, los alemanes Alexander von Humboldt y Leopold von Buch, amigos desde la infancia, y el noruego Christen Smith⁹, compañero de viaje de Buch¹⁰, serán los corresponsables del reconocimiento y de la definición de los pisos altitudinales de vegetación y, a lo largo del siglo XIX, los viajeros y turistas, entre los que destacan el conde francés de Poudenx y los británicos Charles Edwardes, John Whitford y Samler Brown van a popularizar la idea de la pervivencia de la cultura prehistórica en el pago grancanario alfarero de La Atalaya, hasta hacerla evidente, apoyándose para ello en el empleo de técnicas rudimentarias para la confección de la cerámica, que fue interpretada como la confirmación de la continuidad del linaje aborigen de sus habitantes (Santana y Rodríguez, 2009).

Sin embargo, aunque inicialmente ambas ideas se gestaron desde el espíritu crítico, con el tiempo se han convertido para muchos en verdades dogmáticas que, a pesar de existir en la actualidad argumentos que las ponen en cuestión, forman parte de las más firmes creencias de la mayoría de los investigadores y de la población canaria. Ambas tienen en común que fueron gestadas a partir de fugaces impresiones personales de reconocidas autoridades científicas y afamados viajeros que se han

² En 1667, dos años después de la edición del primer número de la revista científica *Philosophical Transactions*, auspiciada por la Royal Society de Londres, se publica un informe sobre el ascenso al Teide realizado por un grupo de «mercaderes y hombres dignos de crédito».

³ Entre 1724 y 1830 pasan por las islas cerca de treinta expediciones científicas (Herrera Piqué, 1987), entre las que se pueden diferenciar dos tipos de viajes: las expediciones científicas financiadas por los Estados que llegan a las islas, realizadas sobre todo antes de 1800, y las expediciones privadas, que tienen como objetivo el archipiélago y que se inician en 1799 con la de Humboldt-Bonpland (Montesinos y Renn, 2002, pp. 329-330).

⁴ En 1724, la Académie des Sciences de París encargó al astrónomo y religioso Louis Feuillée la realización de diversas observaciones científicas en Canarias, entre las que destacan la determinación del meridiano de El Hierro y su longitud respecto al Observatorio Astronómico de París, y el levantamiento cartográfico de las Canarias occidentales. También describió por primera vez varias especies, como el drago, la violeta del Teide, la orchilla, la barracuda o el perenquén. Entre 1740 y 1743 el teniente coronel Antonio Riviere y su equipo de ingenieros militares realizaron, por orden de Felipe V, el levantamiento cartográfico y la descripción geográfica de todo el archipiélago (Tous, 1997).

⁵ En 1730, el mismo año en que comenzó la erupción de «El Volcán» de Timanfaya, en Lanzarote, el «Governador delas Armas de Fuerteventura», Pedro Sánchez Umpierrez, ordenó a un pintor hacer un mapa de la isla que destacara las tierras afectadas por las coladas y las cenizas (Romero, 1991, pp. 40-41).

⁶ Con el tiempo, lo que inicialmente comenzó con el traslado de algunos viajeros acomodados en barcos de carga se transformó en cruceros turísticos organizados. En 1895 la compañía británica Orient destinó a su mejor barco, el *S. S. Lusitania*, para realizar cruceros de sesenta días de duración por los archipiélagos de Madeira, Canarias y Azores (Hernández, 1996, p. 34).

⁷ Leonardo Torriani, a finales del siglo XVI, es el primer autor que deja constancia escrita de su ascenso al Teide (Villalba, 2003, p. 36).

⁸ La primera fecha es la del viaje de Humboldt-Bonpland y la segunda la del viaje de Buch y Smith.

⁹ Smith elaboró un *Diario del viaje a las Islas Canarias* que se publicó muchos años después de su muerte (2005 [1889]).

¹⁰ Viaje a Madeira y Canarias en 1815. Zarpó de Portsmouth el 1 de abril, llegó a La Orotava el 5 mayo y regresó a Inglaterra el 27 de octubre.

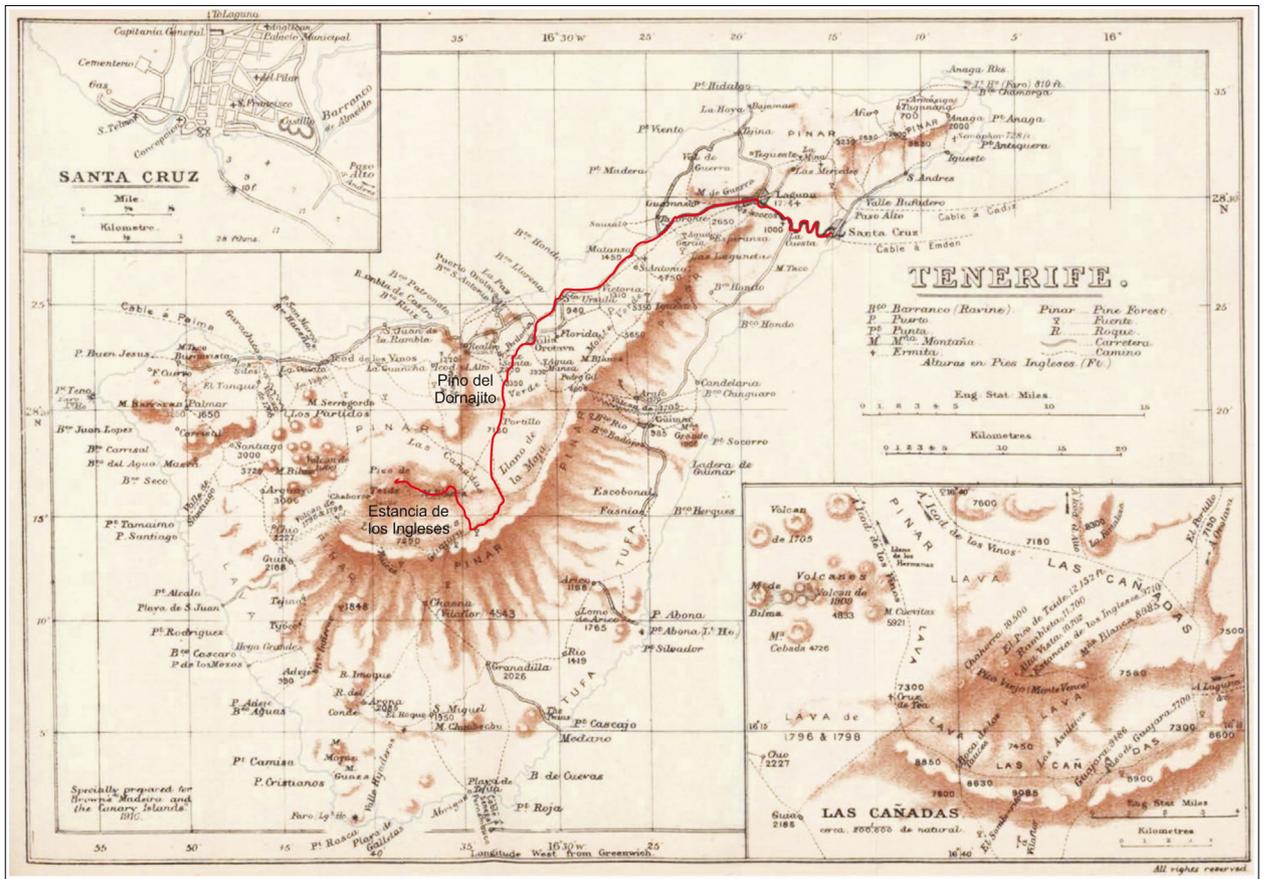


FIG. 5. Excursión de Humboldt al Teide. No pudo realizar mediciones, al no haber llevado barómetro ni brújula de inclinación.

transmitido y reproducido sin discusión, entre otras razones, por su aceptación dogmática y por la escasa actitud crítica de los investigadores posteriores y, sin duda, por la magnificación y la validación a que fueron sometidas por los influyentes agentes promocionales del temprano, lucrativo e interesada promoción del turismo en las islas.

Aunque podrían ser muchos los tópicos en la historiografía canaria (San Borondón, los ciclos de monocultivos agrícolas...), queremos centrar nuestra atención en los dos citados, dejando para otra ocasión el análisis de otros igualmente interesantes.

III. LA PROPUESTA HUMBOLDTIANA DE LOS PISOS DE VEGETACIÓN

Alexander von Humboldt formalizó y divulgó universalmente la idea de una distribución vertical de la vegetación «natural» de las islas, adaptada a las condiciones climáticas a partir de la fugaz visita de cinco días que

realizó a la fachada norte de la isla de Tenerife entre el 19 y 25 de junio de 1799. Lo mismo hizo después en algunas de las grandes montañas americanas, lo que constituyó una de sus mayores contribuciones al conocimiento científico de la naturaleza por la gran difusión de su obra¹¹. Humboldt, con las correcciones propuestas por Buch, estableció, para la fachada norte de Tenerife, la existencia de cinco pisos escalonados de vegetación, adaptados a las condiciones ecológicas (Cuadro I).

En su esquema subyace una visión de equilibrio estático entre la vegetación y las condiciones climáticas y una infravaloración del impacto de la intensa acción secular de sus habitantes sobre la vegetación, pues, según sus palabras, «la isla entera [Tenerife] puede ser considerada como una selva de laureles, madroños y pinos, de

¹¹ La primera edición de *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804 par Al. De Humboldt et A. Bonpland; rédigé par Alexandre de Humboldt; avec un atlas géographique et physique*, se publica en París entre 1807 y 1834.

CUADRO I. *Pisos de vegetación según Humboldt (versión definitiva)*

Región	Altitud en toesas	Altitud en metros	Características	Vegetación dominante
<i>De las formas africanas</i>	0-200	0-390	Cultivada y habitada	Euforbias arborescentes
<i>De las parras y los cereales</i>	200-430	390-830	Cultivada y habitada	Laureles
<i>Regio sylvatica</i>	430-680	830-1.300	Boscosa	Selvas de laureles
<i>De Pinus canariensis</i>	680-980	1.300-1.900		Comienzo del pinar y <i>Juniperus cedro</i>
<i>De Spartium nubigenum</i>	980-1.730	1.900-3.366,5		Scrophularia glabrata y Viola heiranthifolia

CUADRO II. *Pisos de vegetación según Buch*

Región	Altitud en pies	Altitud en metros	Características	Vegetación dominante
<i>Región de las plataneras y de las palmeras</i>	0-1.200	0-336	Plataneras	África intertropical
<i>Región de cultivo europeo</i>	1.200-2.600	336-728	Viñas y trigos	Mediterránea
<i>Región de los bosques</i>			Boscosa	Árboles de hojas tupidas y perennes
<i>Región de los pinos</i>	Hasta 5.900	Hasta 1.652	Pinar	Pinar
<i>Región de spartium nubigenum</i>	Hasta 10.380	Hasta 2.906	Matorral	Retama blanca
<i>Sin vegetación</i>	1.000 por debajo de la cima del Teide		Sin vegetación	Sin vegetación

la que los hombres han apenas desmontado el linde, y en medio de la cual está contenido un terreno pelado y rocalloso tan impropio para el cultivo como para el apacentamiento» (Humboldt, 1995, p. 166). Éste llegó a Tenerife dispuesto a constatar «la armonía de las fuerzas convergentes, la influencia de la materia inanimada sobre los reinos animal y vegetal» y a realizar «la descripción de la Naturaleza, la forma de las montañas, el crecimiento de las plantas, es decir, todo lo que sirve para caracterizar la isla» (Bourguet, 2002, p. 285), y que echaba de menos en los textos de los viajeros precedentes.

Sin embargo, esta «visión idealizada» de Humboldt sobre los escasos efectos de la acción antrópica en la vegetación de la isla contrasta con la del factor británico George Glass, obtenida a partir de un conocimiento más profundo de las islas y que transmite, como al final se ha evidenciado, una visión más ajustada a la realidad:

A aquella altura de la isla donde se quedan durante el día [las nubes], había antiguamente una gran cantidad de imponentes pinos; pero como eran fácilmente accesibles, fueron casi por completo cortados por los habitantes de los pueblos vecinos, por lo que quedan ahora muy pocos en esta parte que estoy describiendo [Orotava]; pero en otros lugares de la isla, ya en la misma altura, estando lejos de cualquier habitación, los hay en gran número. (Glass, 1982 [1764], p. 80)

También contrasta con la de su amigo Buch, que, a lo largo de toda su obra, destaca los efectos de la acción an-

trópica sobre la vegetación contemporánea e histórica¹². Las obras de ambos fueron utilizadas para preparar muchas de las visitas posteriores a las islas (Cuadro II).

Webb y Berthelot (1840, pp. 56-58) simplifican el esquema altitudinal humboldtiano a tres pisos e incorporan la distribución de la vegetación de exposición sur (Cuadro III).

Con el tiempo, sin embargo, será el esquema bioclimático humboldtiano, resultante de la aceptación de la adaptación de la vegetación a la estratificación climática del alisio, el que se imponga entre los autores posteriores. Según dicho esquema, la composición y la distribución altitudinal de la vegetación se explican por las condiciones climáticas, quedando relegada a un plano secundario la intervención humana que, sin embargo, ha resultado ser, entre otros factores, la que explica la amplia extensión «natural» otorgada a la vegetación xerofítica del piso inferior o «De las formas africanas» en época postconquista, que reconoció Humboldt.

Sin embargo, la obra de los ingenieros forestales Luis Ceballos y Francisco Ortuño (1976 [1951]) ha resultado

¹² De forma específica Buch (1999 [1836]) lo hace en «De la flora introducida» (pp. 111-127) y, esporádicamente, en otros lugares de su obra como cuando señala que algunos pinos de la vertiente de Icod descienden hasta la costa (p. 29); la abundancia de palmeras y la aridez de la vegetación gran Canaria (pp. 32-40); la presencia de cedros en La Palma (p. 45); o la contundente afirmación de que *Quercus canariensis* nunca se ha visto en las islas (p. 110).

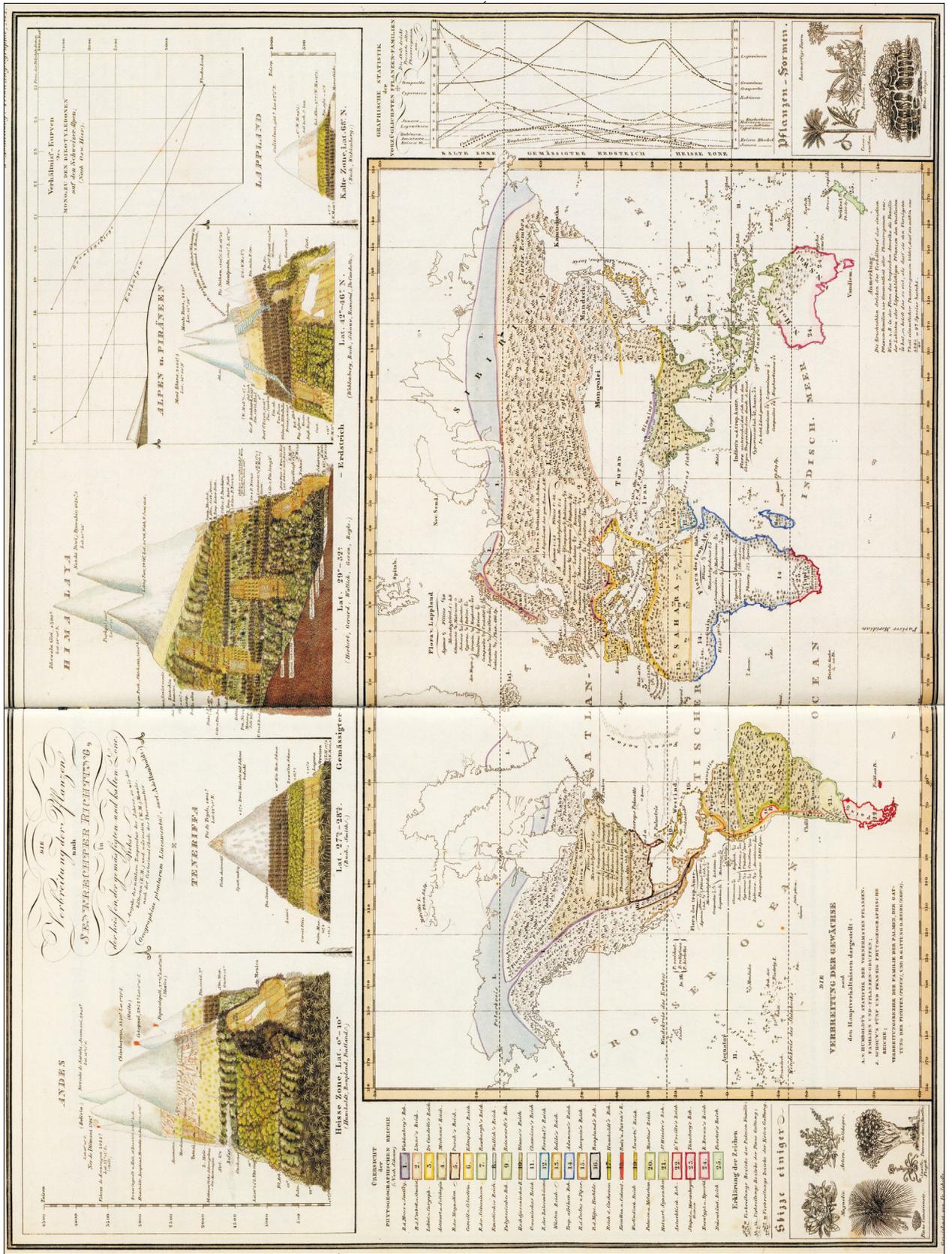


Fig. 6. Pisos de vegetación y visión humboldtiana del Mundo. Distribución de sus grandes formaciones, y su escalonamiento vertical.

CUADRO III. *Pisos de vegetación según Webb y Berthelot*

	Exposición norte	Exposición sur-este
PRIMER CLIMA (INFERIOR)		
<i>Límites en pies</i>	0-1.500	0-2.500
<i>Vegetación</i>	Región de las euphorbias en terrenos de primera clase Región de las plantas rupestres en terrenos de segunda clase	Región de las euphorbias en terrenos de primera clase Región de las plantas rupestres en terrenos de segunda clase
SEGUNDO CLIMA (INTERMEDIO)		
<i>Límites en pies</i>	1.500-5.000	2.500-4.000
<i>Vegetación</i>	Región de los laureles y plantas nemorales Región de los brezos y de los cistus	Región de los laureles y plantas nemorales (escasos en zonas anfractuosas) Región de los brezos y los cistus (dominantes)
TERCER CLIMA (SUPERIOR)		
<i>Límites en pies</i>	+ 5.000	+ 4.000
<i>Vegetación</i>	Región de los pinos Región de las leguminosas y plantas alpinas	Región de los pinos Región de las leguminosas y plantas alpinas

ser la de mayor trascendencia inmediata en la difusión de este esquema entre los autores posteriores. En ella se sostiene la esencia de la visión humboldtiana de los pisos altitudinales y la composición florística, aunque incorpora la acción antrópica como generadora de comunidades vegetales de sustitución a partir del «óptimo natural o climático» (Ceballos y Ortuño, 1976 [1951], p. 97) como los escobonales, los codesales o los retamares. Admiten también dichos autores la dificultad para inferir la distribución natural de algunas comunidades vegetales «naturales» a partir de las formaciones de sustitución derivadas, por «confundirse con las de igual categoría, procedentes de las formaciones colindantes», o de la distribución de los sabinas, situados de forma genérica entre la costa y el nivel de los pinos, aunque precisan muy acertadamente que no se debe «caer en el error de adjudicar sistemáticamente al sabinar los sitios donde sepamos que existe o ha existido un ejemplar de la especie» (Ceballos y Ortuño, 1976 [1951], pp. 102 y 103). Establecen el límite inferior de los bosques de pinos, de un «modo muy general», entre las cotas 1.300 y 1.500 m en las orientaciones de barlovento y entre las de 700 y 900 m para las de sotavento. Rechazan la idea de Webb y Berthelot de la existencia de un bosque natural de cedros situado sobre el pinar y defienden la idea de Broussonet de considerarlos como incluidos en el pinar, aunque no dudan en afirmar que la distribución «natural» del bosque de Lauráceas y del fayal-brezal se restringe a la «franja altitudinal afectada por las nieblas» (Ceballos y Ortuño, 1976 [1951], pp. 186, 226 y 106).

Pero estas ideas, gestadas desde un espíritu crítico, con el tiempo han llegado a convertirse prácticamente

en dogma entre la comunidad científica local, desde el que se ignora, se rechaza o se critica, con la «autoridad» que confiere el paradigma, cualquier contribución al conocimiento de la vegetación de las islas que ponga en cuestión la visión humboldtiana. Incluso resulta frecuente que este esquema de la «distribución natural» de la vegetación se extrapole, sin ningún rubor, a épocas aún muy anteriores a la conquista hispana de las islas y que se utilice para recrear las condiciones ambientales del pasado, como si la acción milenaria de los pobladores de las islas y sus prácticas no hubiesen alterado su distribución, su composición o su estructura. De este modo, se asume que, en el pasado, la distribución y la composición de la vegetación fueron similares a las actuales, pero más exuberantes, y que la vegetación actual es el resultado del aclaramiento de la «natural» y, por tanto, tiene la consideración de relictual. La esencia última actualizada de la aceptación dogmática de las ideas humboldtianas que, no obstante, asume desde hace tiempo el impacto causado por la acción humana en la eliminación de la vegetación «natural» de amplias extensiones y la generación de formaciones vegetales de sustitución, se acantona en la férrea defensa de la rigidez de los intervalos altitudinales de la distribución vertical de la vegetación y en la negativa a aceptar variaciones sustanciales de su composición florística.

Esta interpretación atenuada de la distribución humboldtiana de la vegetación, que se ha transmitido casi mecánicamente, explica muchos de los análisis de las características y de la distribución de las formaciones vegetales que se realizan en la actualidad y el rechazo

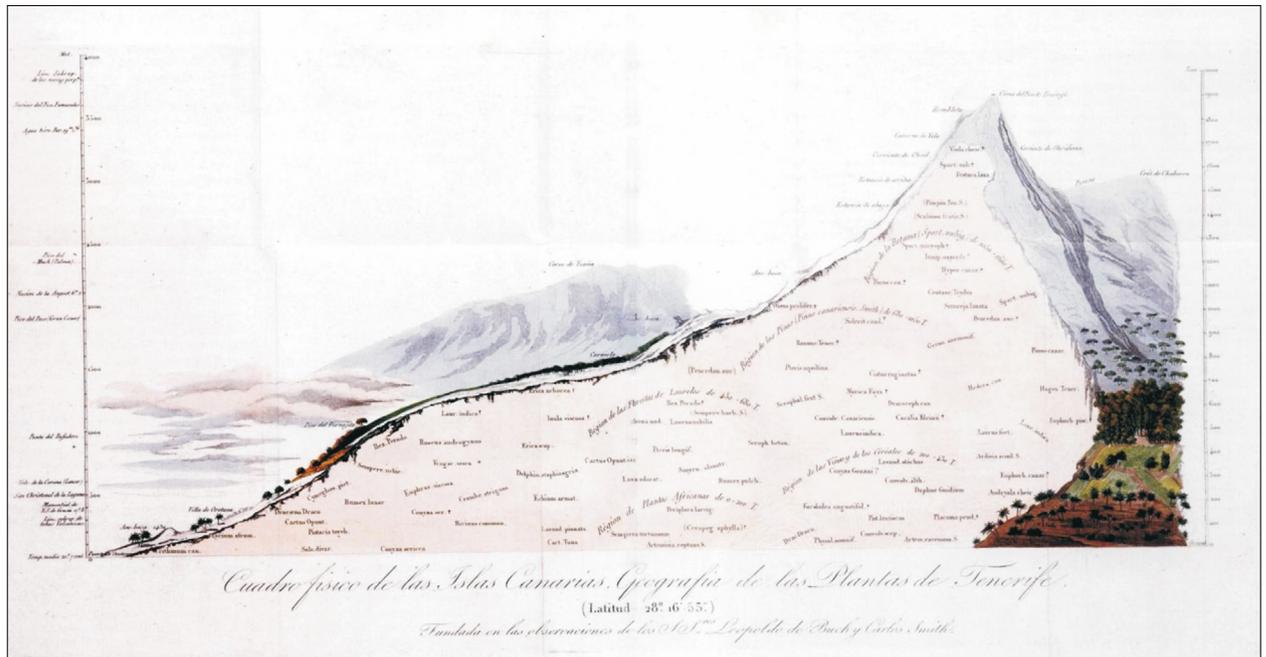


FIG. 7. Pisos de vegetación en la cara norte (barlovento) del Teide, siguiendo las observaciones de Humboldt.

de datos o interpretaciones que la ponen en cuestión. De esta forma, los palmerales actuales son entendidos como ecosistemas relictos y no como el resultado de la intervención y organización antrópica orientada a la creación de huertos de palmeras en aquellos lugares seleccionados para tal propósito, con la consiguiente introducción masiva de *Phoenix dactylifera*, más productiva, y la subsiguiente generación de híbridos (Santana y Rodríguez, 1999, pp. 297-304). Lo mismo sucede con la consideración del fayal-brezal como una formación vegetal con entidad propia situada en un piso altitudinal concreto, cuando su composición florística y su distribución actual se deben, en la mayoría de los casos, a la presión selectiva sobre los montes, y a las replantaciones campesinas destinadas a garantizar el suministro de leña.

Pero donde el rechazo producido por la aplicación dogmática del esquema humboldtiano hacia datos o ideas considerados «anómalos» resulta ser mayor es en aquellos casos que ponen en cuestión los límites altitudinales teóricos impuestos por las condiciones climáticas. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con la existencia en Gran Canaria de un pinar, el «pinar de la ciudad», situado en lo que hoy se conoce como Pino Santo (Santana, 2001, p. 49), constatada documentalmente, y que desaparece a principios del siglo XVI; con la constatación arqueológica de la existencia pinos y de lauráceas en Fuerteventura (Machado, 1996, pp. 265-270), confirmada a partir del

análisis de los carbones de la cueva de Villaverde, datados entre los siglos III y IX d. de C., algunos de cuyos ejemplares incluso aún subsisten hasta el siglo XVIII; o con la pervivencia en Lanzarote de especies arbóreas mesófilas hasta el siglo XVIII, también constatada documentalmente (Bruquetas, 1997).

En éstos y en otros casos, para rechazar los datos considerados incómodos para el esquema humboldtiano, en el mejor de los casos, se ignoran, pero en otros se cuestiona su validez o la capacidad del investigador. Así, en el caso del «pinar de la ciudad», también denominado «de Ojeda y Espartero», se aduce una posible confusión toponímica para explicar su ubicación «anómala»; en el caso de los carbones de pinos en Fuerteventura se acude al argumento de que pudiera tratarse de troncos a la deriva que arribarían casualmente a la isla; y en el tercero se minimizan, o simplemente se ignoran, los documentos históricos.

De estos tres ejemplos, los casos más significativos por su trascendencia sobre la explicación del poblamiento inicial y la reconstrucción de los recursos disponibles con que contaron los primeros pobladores de las islas son, sin duda, los que indican la existencia de bosques mesófilos en las islas de Fuerteventura y de Lanzarote hasta fechas históricas y que ponen en cuestión el carácter árido «natural» de la vegetación de ambas islas, establecido por el esquema de los pisos de vegetación. En

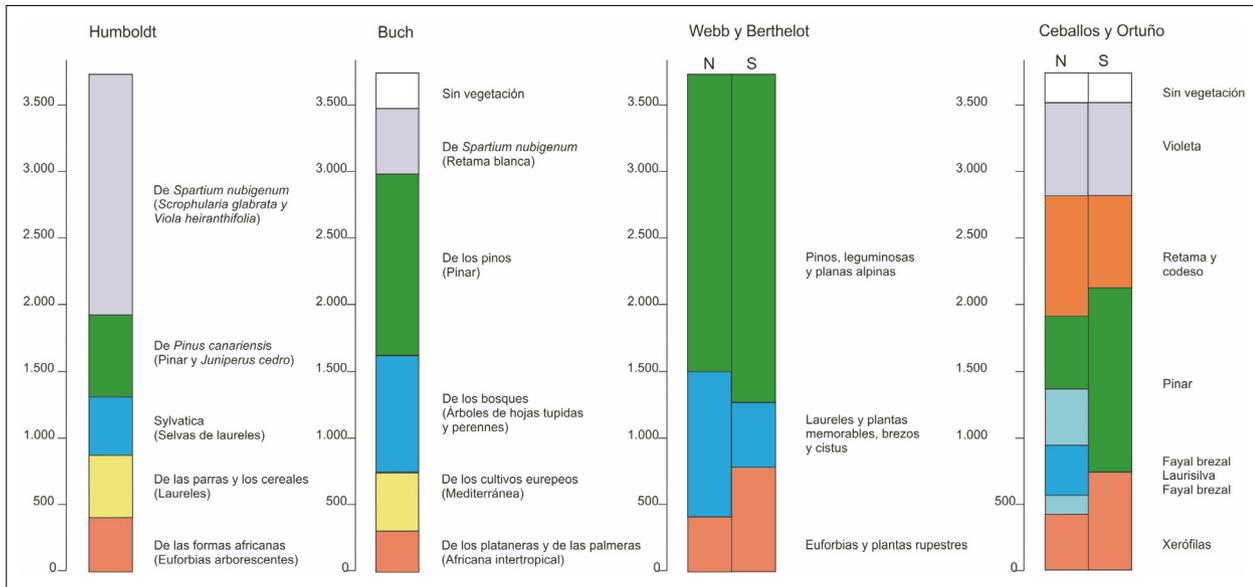


FIG. 8. Pisos de vegetación de Tenerife, siempre según la idea de su origen natural bioclimático.

esencia, la cuestión que se dilucida es que no es lo mismo asumir que la vegetación «natural» de ambas islas fuera el matorral xérico o el bosque mesófilo desarrollado que en un momento determinado de la historia, no tan lejano (siglos XVII y XVIII), desapareció, pero que existía cuando arribaron a ellas los primeros pobladores.

Así, aunque, según *Le Canarien* (1986 [1402-1408]), a principios del siglo XV la vegetación de Fuerteventura era de porte subarborescente y el arbolado era escaso¹³, a partir del análisis de los carbones de la cueva de Villaverde se ha podido constatar la existencia de especies arbóreas mesófilas¹⁴, y su progresiva desaparición y sustitución por especies xerófitas leñosas y semileñosas producida entre los siglos III y IX d. de C., aunque el arbolado, escaso, pervive hasta el siglo XVII (Salas y Cáceres,

2000, pp. 341-347) e, incluso, hasta el siglo XVIII (Criado, 1990, pp. 254-255).

L. Torriani es poco explícito sobre la vegetación de esta isla a finales del siglo XVI y sólo menciona que «Tiene pocas aguas y pocos árboles, con excepción de un valle agradabilísimo [Vega de Río Palmas], lleno con palmas salvajes», aunque aporta datos de interés que permiten suponer el efecto deforestador que debió de causar la numerosa cabaña de herbívoros existente en la isla a finales del siglo XVI, que ascendía a «60.000 cabras y ovejas juntas, 4.000 camellos, 4.000 burros, 1.500 vacas y 150 caballos de monta, además de otros infinitos caballos que son casi tan buenos como los de Lanzarote; de modo que tiene más de 70.000 cabezas de ganado salvaje». Pero las referencias históricas a la existencia de arbolado en Fuerteventura se prolongan en el tiempo. Así, entre 1615 y 1659, el Cabildo de la isla ratifica varias veces las penas por el corte de «chapparros ni aceitunos ni ramajes sin licencia ni tampoco tarajales» (Torriani, 1978 [1592], pp. 70 y 71), y aún en el siglo XIX perviven algunos arbustos en Vega de Río Palmas, donde Berthelot (1880) cita la presencia de *Pistacia atlantica* y *Erica arborea*. En la actualidad, en el macizo de Jandía, existen ejemplares dispersos de *Maytenus canariensis*, *Herbania excelsa*, *Juniperus turbinata*, *Jasminum odoratissimum*, *Apollonias barbujuana* y *Laurus azorica*.

Por otra parte, las huellas del profundo acarreamiento reciente en los potentes suelos fersialíticos del macizo de Betancuria y el hecho mismo de la fundación

¹³ «El país no es tan lleno de grandes bosques, [...], sino sólo de árboles pequeños, que producen leche muy medicinal, en forma de bálsamo [tabaibas], en todo el país, y de otros árboles muchos, que producen dátiles y aceitunas, almáciga y otras cosas raras» (*Le Canarien*, 1980 [1402-1408], texto G 68). Menciona también la existencia de «un río que se llama Río de Palmas, caracterizado como un valle hermoso y llano y muy agradable, en que habrá unas 900 palmas que dan sombra al valle, con arroyos de agua que corren por en medio, y las palmas están en grupos de 100 a 200, y son tan altas como mástiles, de más de 20 brazas de altura, tan verdes, tan enramadas y tan cargadas de dátiles, que da gusto mirarlas» (*Le Canarien*, 1980 [1402-1408], texto G 37), y describe la parte norte de la isla como «desierta y sin agua dulce», y destaca la presencia de fuentes «vivas y corrientes; y en 4 o 5 puntos se podrían hacer molinos de agua para moler» (*Le Canarien*, 1980 [1402-1408], texto G 68).

¹⁴ Entre las especies hoy extinguidas destacan: *Pinus canariensis*, *Myrica faya*, *Salix canariensis*, *Arbutus canariensis*, *Persea indica* y *Lausus azorica* (Lea de Nascimento, 2006).



FIG. 9. Sobrepastoreo de cabras en Fuerteventura.

de la villa-capital franconormanda en el centro del macizo (Betancuria, 395 metros de altitud), que necesariamente precisaba satisfacer para la vida cotidiana de la población las necesidades de agua, de madera y, sobre todo, de leña, apuntan también hacia la existencia de una vegetación menos desértica que la actual, de porte arbustivo o arbóreo, pues resulta impensable que la elección del asentamiento se realizara prescindiendo de la necesidad de garantizar el suministro de estos recursos cotidianos básicos. Para apoyar la idea del fuerte impacto que debió de causar este asentamiento sobre su entorno inmediato y sobre toda la isla baste señalar que, a finales del siglo XVI, esta villa-capital insular contaba con «150 casas, fabricadas rústicamente y sin orden [...] dos iglesias, la parroquial de Santa María de Betancuria, de la cual tomó su nombre, y el convento de la orden de San Francisco, llamado de San Buenaventura» (Torriani, 1978 [1592], p. 80), lo que permite estimar que albergó una población cercana a los quinientos habitantes.

Así pues, las necesidades de la población y, sobre todo, la acción secular del pastoreo contribuirían a explicar por qué a principios del siglo XV la vegetación de Fuerteventura era marcadamente árida, aunque en las cumbres de los macizos de Jandía y Betancuria aún se conservaban bosquetes que desaparecieron bajo la presión de los primeros asentamientos europeos.

También en Lanzarote, a principios del siglo XV, *Le Canarien* señala la ausencia de arbolado¹⁵, mientras que

¹⁵ «No hay ningún árbol, sino pequeños matorrales para quemar, salvo una clase de leña que se llaman higuieres, de las cuales todo el país está lleno, de un extremo al otro, que produce leche medicinal y no puede arder de ninguna manera, hasta que esté seca y podrida, y tarda muy largo tiempo antes de secar. Hay gran cantidad de fuentes y de cirternas, de pastos...» (*Le Canarien*, 1986 [1402-1408], G. 69).

Torriani, a finales del siglo XVI, señala que «no tiene árboles, pero está llena de matorrales que dicen tabaibas» y destaca que «posee abundancia de cabras, ovejas, cerdos, bueyes y camellos, e infinitas gallinas, conejos y pardelas. Tiene también buenas razas de caballos berberiscos, y muchísimos asnos, baratos» (Torriani, 1978 [1592], p. 46). Sin embargo, la existencia de especies arbóreas en el macizo de Famara está documentada hasta el siglo XVIII en las actas del Cabildo, que recogen, además de la referencia a topónimos como «La Montaña» o «la dehesa de la Montaña», la orden en 1653 de «traer dos cargas de rama de Famara, y más que sea necesaria, para que con ella se enrame la iglesia mayor» (Bruquetas, 1997, actas 48 y 49) y la existencia, aún en 1776, de «algunos lentiscos y arbustos de varias especies con que muestra ser su terreno proporcionado para árboles monteses». Además, como argumentamos en un trabajo anterior (Santana y otros, 2002), es en Lanzarote, la Invale que menciona Plinio siguiendo a Estacio Seboso, donde se deben situar los «árboles de hasta ciento cuarenta pies» (42 metros) (*nat.* 6.202), probablemente pinos. Es decir, Lanzarote contaba en Famara con un bosque mesófilo desarrollado en el siglo I a. de C. con especies de porte arbóreo, cuyos últimos vestigios perduraron hasta el siglo XVIII.

Desde la arqueología, Atoche y otros (1995) confirman la magnitud que debió de alcanzar en Lanzarote la actividad ganadera entre los siglos I y III d. de C. a partir de los vestigios extraídos del yacimiento de El Bebedero, que ha sido interpretado como una factoría destinada a la producción de pieles y de carne salada con destino a la exportación. Pero el dato que evidencia la antigüedad y la intensidad del impacto causado por la actividad ganadera sobre la vegetación de esta isla es, sin duda, el descubrimiento de gran cantidad de huesos de ovicápridos realizada por Zöller y otros (2003) en Guatiza y Teguiise, datados entre diez y cinco mil años antes del presente, que demuestra un poblamiento humano intencionado, coincidiendo con el último periodo húmedo sahariano, asociado a un proceso de aridificación, que ha sido contestado virulentamente por parte de algunos investigadores locales que cuestionan su validez (Carracedo y otros, 2004).

Así pues, para explicar la dominante xérica de los matorrales de estas dos islas constatada por los primeros pobladores renacentistas, creemos más plausible defender la hipótesis de una génesis antrópica que la del resultado de un proceso de adaptación natural de la vegetación a unas supuestas condiciones naturales áridas.

Por todo ello, parece que nos encontramos en un momento en el que se debe empezar a reconocer que lo que

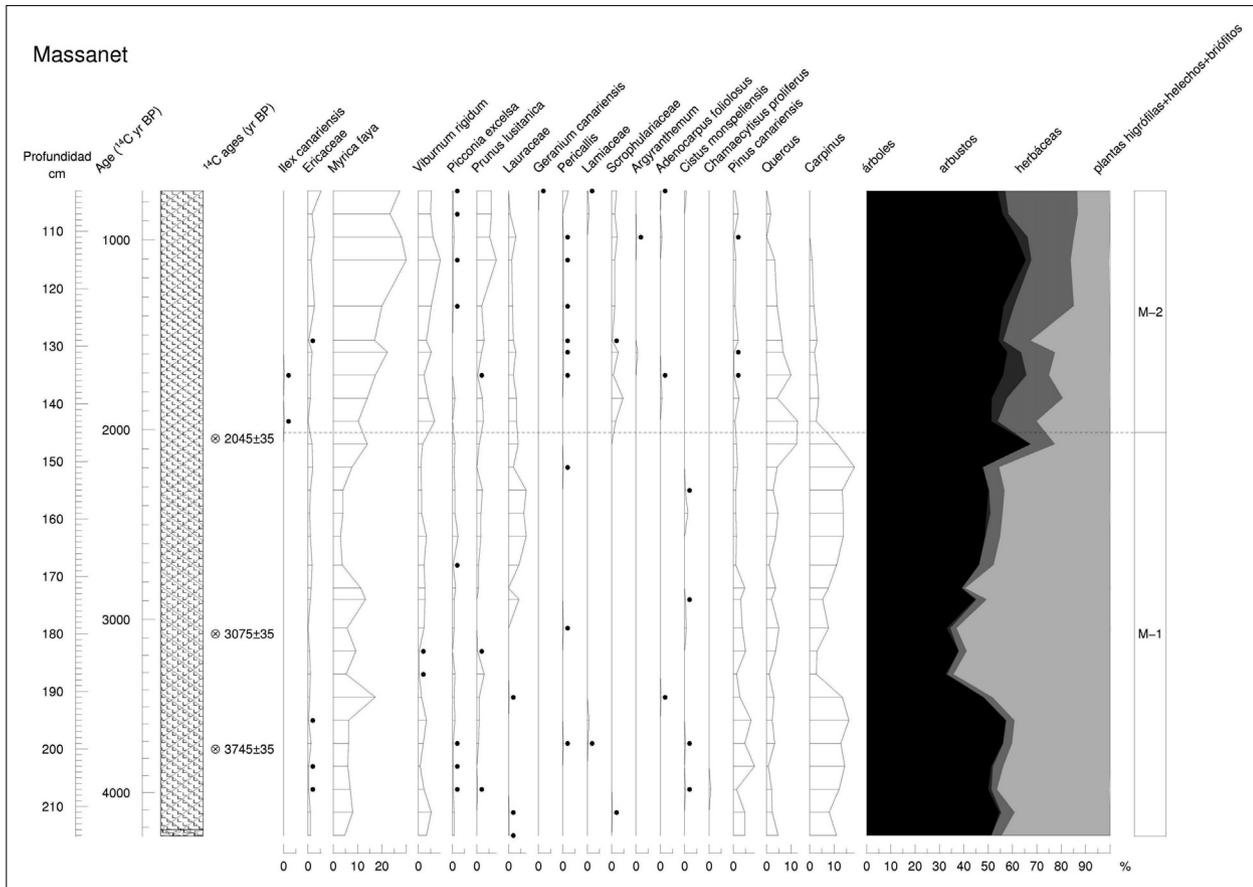


FIG. 10. Cambios en la composición de la vegetación. Estudios recientes indican que en el pasado existieron especies desaparecidas en la actualidad. Incluso la presencia de determinadas comunidades, como la *laurisilva*, era muy inferior.

durante algo más de dos siglos se aceptó como «la explicación de la distribución natural de la vegetación» en realidad debe pasar a entenderse como una explicación histórica, de validez temporal de la naturaleza observada durante los siglos XIX y XX, pero no como una realidad sustantiva anterior.

Lo mismo sucede con la reciente constatación de la presencia de especies no previstas en el esquema, como ha sucedido recientemente con el descubrimiento de abundantes pólenes de *Quercus*, posiblemente *Q. canariensis*, en los sedimentos lacustres de la laguna de San Cristóbal de La Laguna, en Tenerife (Lea de Nascimento, 2006), que confirmaría la recolección realizada por Brousonet cuestionada por muchos autores, entre ellos Buch (1999 [1836], p. 110), o la constatación en varios yacimientos arqueológicos de Lanzarote (El Bebedero, la caldereta de Tinache y el valle de Femés), datados entre los siglos V y XIV d. de C., de la presencia de taxones arbóreos, como *Alnus*, *Cedrus*, *Fraxinus*, *Juniperus*, *Myrica*,

Pinus, *Quercus caducifoli* y *Quercus perennifoli*, que plantean la existencia en esos momentos de un paisaje vegetal marcadamente diferente al actual, en especial por lo que se refiere al número de especies arbóreas presentes en la isla (Atoche, 2007, p. 112). En ambos casos, las evidencias polínicas se ponen en duda argumentando vagamente que los sondeos podrían estar alterados, que las muestras son insuficientes, que los datos son escasos, que no se debe generalizar, etc., que denotan la fuerte resistencia a revisar los dogmas establecidos.

IV. LOS ALFARES Y ALFAREROS DE LA ATALAYA DE SANTA BRÍGIDA

Leopold von Buch y Christen Smith incorporaron a los itinerarios científicos y turísticos del siglo XIX por Canarias a las islas de Gran Canaria, La Palma y Lanzarote, además de Tenerife como venía siendo tradicional, a par-

tir de la divulgación de los escritos derivados del viaje realizado por ambos en 1815¹⁶.

Buch llama la atención sobre el poblado troglodita grancanario de La Atalaya de Santa Brígida, que, desde ese momento, especialmente por su cercanía a la ciudad de Las Palmas (Las Palmas de Gran Canaria a partir de 1939) y a la Caldera de Bandama, se va a convertir en un lugar de interés para los viajeros que arriban a la isla, aunque no relaciona el poblado ni las técnicas de elaboración de cerámica utilizadas por sus pobladores con los aborígenes¹⁷.

En 1819¹⁸, el mismo año en que realiza su visita, el conde de Poudenx publica una escueta nota sobre el poblado en una revista francesa dirigida por Bory de Saint-Vicent, Drapiez y Van Mons, en la que establece una vinculación directa del poblado decimonónico con los habitantes prehistóricos: «El monte de La Atalaya es admirable por unas cuevas que sirvieron de viviendas a los antiguos habitantes de Gran Canaria» (Pico y Corbella, 2000, p. 290). Sin embargo, años más tarde, Berthelot y Webb (1836-1850, t. II, pp. 212-213), que visitan El Monte Lentiscal en 1837, no mencionan el pago de La Atalaya ni su vinculación con la tradición prehistórica, a pesar del gran interés por la arqueología del primero.

Los británicos T. Debarry y E. Murray destacan el «aspecto salvaje» de sus habitantes y el aspecto «etrusco» de la cerámica que elaboran, mientras que el botánico alemán Schacht¹⁹ (1859) describe las cuevas y destaca la

supuesta felicidad de sus habitantes, aunque no menciona la actividad alfarera²⁰.

Pocos años más tarde, en 1859, el archiduque austriaco y, más tarde, efímero rey de México, Maximiliano I, visitó el pago en el transcurso de una corta estancia en la isla de sólo tres días de duración²¹. La contemplación del poblado troglodita le causó una impresión tal que, incluso, llegó a compararlo con las enormes ruinas de un antiguo teatro y le evocó, nada menos, que a la necrópolis de Tebas, a la ciudad de Petra, a las socavadas montañas de la India o a los gigantes teatros romanos. La admiración que le causó la contemplación del poblado fue tan grande que, incluso, llegó a afirmar que si las Canarias sólo tuviesen esta ciudad (sic) excavada en la roca, seguiría valiendo la pena cruzar el océano para visitarlas (Sarmiento, 2007, p. 275). En cuanto a sus habitantes, transmite una visión absolutamente idealizada, muy cercana a la del mito del buen salvaje pues, como señala, desde que éstos se percataron de su visita, el lugar cobró la animada vida de una armónica y colorida colmena de seres que viven una vida feliz y dichosa²². Describe el interior de las cuevas cómodo y aseado, con «cortinas blancas y limpias [que] circundaban las alcobas; sobre las camas había ropa buena y limpia; muebles sueltos y loza dispuesta con mucha delicadeza adornaban las paredes bien albeadas y, a menudo, cubiertas con esteras de caña; las gentes estaban bien vestidas y bien nutridas»²³. Por último, señala que la alfarería, que realizaban con gran destreza, constituía su principal fuente de ingresos. Sin duda su relato es el más fantasioso de cuanto se escribieron del poblado.

¹⁶ Buch publica su trabajo primero en forma de capítulos entre 1816 y 1820 (Montesinos y Renn, 2002, p. 340). Como libro, en alemán, en 1825, y, en francés, en 1836, mientras que el diario de Smith se publica póstumamente en 1889, por lo que el impacto de su descripción fue más tardío, pues se retrasó más de 73 años.

¹⁷ «En esta toba están hechas las viviendas de los habitantes de esa comarca y las casas están dispuestas en terrazas, una encima de la otra, de forma muy regular. Las puertas y algunas ventanas que iluminan el interior son los únicos objetos que, desde abajo, dan a conocer que la montaña está habitada; y aún así, estos objetos ya no son visibles a una corta distancia. Durante el día, los habitantes se recogen en sus casas, adornadas y cubiertas de esteras hechas con las fibras de las hojas del Agave, y allí se protegen del ardor del sol; y cuando por la tarde se ve salir de sus casas a los dos mil habitantes de esta ciudad subterránea y cómo se desparraman por la montaña en todas las direcciones, como si la tierra acabara de parirlos de repente, uno se siente tentado a rechazar el testimonio de sus sentidos y a considerar este espectáculo extraño como una ilusión» (Buch, 1999 [1836], pp. 203-204).

¹⁸ El texto es un fragmento de una carta del conde de Poudenx dirigida al Sr. Dufourt, naturalista y buen conocedor de España, fechada el 22 de septiembre de 1819. «El conde de Poudenx organizó por cuenta propia un viaje científico a las Islas Canarias [...] Fue un naturalista y viajero incansable. Adquirió cierta notoriedad como arqueólogo y erudito [...]» (Pico y Corbella, 2000, p. 288). La fecha de publicación es anterior en 17 años a la edición francesa de Buch (1836), que tuvo una mayor difusión entre el público europeo que la primera de 1825 en alemán.

¹⁹ Hermann Schacht (1814-1864) fue naturalista, catedrático y director del Jardín Botánico de Bann. Es considerado el primer turista de salud alemán del que se tengan referencias (Sarmiento, 2007, pp. 321-375).

²⁰ «[...] el camino nos condujo a la localidad de La Atalaya, donde toda la población vive en las cuevas de la cónica montaña traquítica. A modo de terrazas, estas cuevas están una sobre la otra, formando cada una de ellas una habitación fresca, de mayor o menor tamaño, iluminada sólo por la luz que penetra a través de la abertura. La amplia abertura, generalmente estrechada por un muro de piedra, puede cerrarse mediante una puerta de madera. Aquella tarde nublada estaba toda la gente del poblado delante de las puertas; las mujeres bobinaban seda; los niños correteaban alegres de un lado para otro; todo el mundo parecía estar satisfecho con su sencilla y modesta vivienda» (1859, p. 173, en Sarmiento, 2007, p. 274).

²¹ Llega a Gran Canaria el 25 de diciembre procedente de Tenerife y permanece en la isla hasta el 27 del mismo mes (Sarmiento, 2007, p. 275).

²² «[...] de todas las oscuras aberturas salía gente con alboroto y en variados colores; entre risas y gritos de júbilo, los niños, curiosos, se precipitaban de rellano en rellano, de escalón en escalón, hacia nosotros; los hombres, con paso decidido, vinieron por los caminos acostumbrados, para, discretamente, ver qué había provocado tal agitación en la ciudad; las mujeres y las muchachas, ataviadas con sus coloridos vestidos de los domingos, se reunieron, parlotando y chillando, charlando agradablemente, en las estrechas terrazas de sus cuevas, o en el techo rocoso de las viviendas situadas en pisos más bajos» (Anónimo, 1861, pp. 213-214, en Sarmiento, 2007, p. 276).

²³ Anónimo (1861, pp. 214-215, en Sarmiento, 2007, p. 276).

La visión primitiva que ofrecieron estos primeros científicos y viajeros del pago y de sus habitantes en sus publicaciones, la notable mejora de la comunicación con la ciudad de Las Palmas que supuso la construcción de la carretera en 1877 y la instalación de hoteles de cierto empaque en El Monte en los años noventa (Quiney's en 1894 y Santa Brígida en 1898), hacen que, en pocas décadas, La Atalaya se convierta en un lugar de visita obligada tanto para los turistas residentes en los hoteles de El Monte como para los viajeros. Éstos sólo recalaban en la isla durante algunos días (normalmente tres) y que se sentían atraídos principalmente por la fama conferida por Buch al volcán de Bandama, al que califica como «uno de los más notables de los que existen en la superficie del globo, [...], todavía mayor que el del Pico de Tenerife» (Buch, 1999 [1836], pp. 198-200), al que se añadía la oportunidad de poder visitar un auténtico poblado troglodita en el que, además, sus habitantes elaboraban cerámica sin torno, por tanto primitiva, y cuya contemplación se convirtió en una gran atracción turística de fama internacional.

El aventurero británico R. F. Burton, a partir de una visita que realizó a la isla en 1880, ofrece una visión de los habitantes del pago mucho menos bucólica, les atribuye por primera vez un origen bereber y gitano, y señala el parecido entre las formas cerámicas elaboradas por las talayeras y las etruscas antiguas²⁴.

El también británico A. Burton Ellis (1993 [1885], pp. 45-48) publica en 1885 un resumen de sus vivencias durante las varias estancias en las islas en el que transmite un extenso relato de sus dos visitas a La Atalaya, de una de las cuales destaca irónicamente que se percató de que «accidentalmente había traído conmigo algunos recuerdos vivientes de mi contacto con los llamados alfareros». Su descripción se centra en destacar la pobreza y la mala reputación de sus habitantes, a los que, curiosamente, denomina «españoles», desvinculándolos de los antiguos canarios²⁵.

²⁴ «Debido al origen bereber se refugian aquí, en los mejores aposentos salvajes, del calor, el frío y el viento. [...] El exterior y el interior de las cuevas están divididos por una estera. Había montones de vasijas de antiguas formas parecidas a ejemplares etruscos, que evidenciaban la actividad de este lugar. [...] La gente, gitanos entre ellos, bajaban como aves rapaces de sus nidos gritando y pidiendo "cuartitos" y no aceptaban el rechazo» (Burton, 2004 [1883], p. 233).

²⁵ «Estas cuevas, que antiguamente estuvieron habitadas por los canarios, son ahora las casas de una colonia de españoles de aspecto muy poco atractivo y que aparentemente ganan su vida por medio de la fabricación de vasijas, mientras que realmente se la ganan de forma muy cuestionable. Es todo un espectáculo ver a los niños, desaseados y medio vestidos, jugando alrededor de las lóbragas entradas de estas cuevas, mientras que en el interior se vislumbra el brillo de un fuego, unos pobres y escasos muebles y utensilios domésticos, y unas robustas

Sin embargo, van a ser los viajeros y los agentes promocionales del turismo británico de finales de siglo, representados por Olivia Stone (1995 [1887]), Charles Edwardes²⁶, John Whitford (2003 [1890]) y A. Samler Brown (2000 [1892]) los que más influyan en la conformación de la visión primitiva de la tradición alfarera de los habitantes de La Atalaya, especialmente por la amplia difusión de sus obras entre el público británico ansioso por experimentar el contacto con el primitivismo de sus habitantes.

Olivia Stone publica su libro de viaje en 1887 y en él incluye una extensa descripción del pago y de sus habitantes, que obtiene de la visita realizada en el mes noviembre de 1883, aunque no menciona nada sobre su origen ni de la tradición aborigen, pero en la que destaca que, «aunque viven tanto al aire libre y bajo el fuerte sol, la gente tiene, en general, una piel más clara que muchos otros en las islas. En la mayoría de los casos, los niños tenían pelo rubio y, muchos de ellos, ojos azules. Rara vez, en realidad nunca, hemos visto ojos grises. Si no son castaños, son azules». Pero el tema central que destaca en su relato es la descripción del primitivismo de las técnicas de elaboración de la cerámica, sin duda el más extenso y colorista de cuantos se escribieron.

En cuanto al origen primitivo de la tradición alfarera del pago hay que señalar que, si bien el conde de Poudenx fue el primer autor que conocemos que menciona en la prensa científica del momento las cuevas de La Atalaya como un asentamiento aborigen y R. Burton el primero en hablar de habitantes beréberes y gitanos, C. Edwardes fue el primero en establecer una relación directa de continuidad, que califica de «bastante probable», entre los habitantes decimonónicos del pago y los aborígenes canarios a partir de la asimilación que hace de un pasaje del fraile José de Sosa²⁷ sobre las técnicas de elaboración

amazonas ocupadas en sus labores diarias; pero este lugar sólo es prudente visitar en grupos, ya que esa gente posee una reputación muy poco envidiable» (Burton, 1993 [1885], p. 45).

²⁶ La primera edición como libro de la obra de Charles Edwardes es de 1888 y fue publicada en Londres por Fisher Unwin, aunque antes de su regreso se había publicado por entregas en diferentes periódicos londinenses y de Wolverhampton, su ciudad natal.

²⁷ «Hacían [los canarios] en Canarias losa de barro para el común servicio de sus casas sin molde, torno, ni otro artificio alguno mas que el de su industria y manos y aun hasta oí se hace y usa para el comun servicio de los campos y aldeas, dexo ya que para las ciudades y otras partes politicas obran barros curiosos y de estima de color roxo y para enfriar agua muy presiados. Maiormente los de la ciudad de Telde que los embarcan para las otras islas a España y otros reinos de regulo porque es cierto que su hermosura y vista deleitosa echa a rodar los bucaros de Avero, los varros de Sevilla y sus tallitas o alcarraças blancas. Para esto tenian los canarios mugeres mui curiosas y oficialas muy diestras que le sabian dar la [tem]pla lo qual a quedado de unas en otras hasta oí que con la delgadez de

prehispánicas de cerámica y las técnicas que observa que empleaban las talayeras, en la que se esfuerza en resaltar los rasgos aborígenes de sus moradores.

También la británica Frances Latimer destaca de su visita realizada en 1888 el interés turístico del pago sin dudar, incluso, en teatralizar y falsear la vestimenta de los talayeros, de los que dice que vestían «con piel de oveja y manejan las toscas herramientas de sus antepasados», lo que, sin duda, exalta el primitivismo de sus moradores (Latimer, 2005 [1888]).

John Whitford (2003 [1890]), tras una larga estancia en las islas, publica un libro en 1890 en el que destaca el interés de la visita al pago, reproduce los tópicos ya clásicos, confirma la pervivencia «guancho» de los pobladores y ofrece a los turistas recomendaciones prácticas sobre cómo llegar²⁸. La referencia al pago que incluye Samuel Brown en su guía turística es más escueta, pero contribuye a difundir entre el gran público británico la idea de la pervivencia de la tradición aborigen²⁹.

La lectura de estos textos evidencia el inusitado interés que suscitó el lugar y cómo desde las primeras décadas decimonónicas se fueron perfilando los que luego fueron sus atributos y valores turísticos más destacados: el hábitat troglodita, las labores alfareras, la miseria y mendicidad de sus habitantes y, en general, la pretendida pervivencia de la tradición aborigen en esta comunidad.

Las casas-cuevas y la estructura del poblado acaparraron gran parte de la atención de los viajeros y se convirtieron en motivo de su admiración. En muchos textos se describe profusamente el interior de las viviendas, resaltándose el mobiliario, en especial la abundancia de esteras, el escaso ajuar o la elevada altura de las camas.

Por otro lado, son no poco frecuentes los apelativos de «ciudad de cuevas», «ciudad troglodita», «ciudad subterránea» o «madriguera humana».

Muchos autores, especialmente británicos, describieron a sus moradores como personajes pintorescos, salvajes, sucios, desarrapados, pedigüños, cuando no ladrones. Y no pocos se cuestionaron su origen, relacionándolo, mayormente, con los antiguos habitantes de las Islas, los «guanches», pero también con gitanos y beréberes. En especial se destaca la supuesta mala reputación que entre el resto de los isleños tenían las mujeres del pago: robustas, pendencieras, gritonas, y que iban semidesnudas. A la difusión de esta creencia, ampliamente extendida e iniciada por Burton Ellis y Charles Edwarde, contribuyó precisamente un autor canario, Francisco González Díaz. Curiosamente, con esta visión negativa contrasta otra, especialmente de los autores germanos, que ven en la población de La Atalaya la forma de vida feliz, alegre y desenfadada de una típica comunidad de «buenos salvajes», limpios, bien vestidos, amables y serviciales. En cualquier caso, de forma generalizada, los textos reflejan la agitación que provocaba la llegada de turistas al poblado y el carácter bullicioso y gritón de sus moradores. Pero también hay consenso generalizado a la hora de referirse a su habilidad para elaborar las piezas cerámicas. Su calidad es destacada en la mayoría de los relatos, y no pocos autores, sobre todo los británicos, la relacionan incluso con las antiguas cerámicas etruscas o la comparan con el buen quehacer de los afamados artesanos británicos.

En suma: La Atalaya se convirtió en referente mundial del hábitat troglodita y de la artesanía primitiva y, a partir los años ochenta del siglo XIX, en circuito obligado de los viajeros y grupos de turistas que visitaban las islas (Santana y otros, 2010).

Sin embargo, el antropólogo francés Rene Verneau, que residió y exploró Gran Canaria entre 1876 y 1878, primero, y entre 1884 y 1887, después, apenas menciona la existencia del pago, del que sin embargo ofrece un dibujo y al que describe con un escueto comentario en el que sorprende la ausencia a cualquier mención sobre la continuidad de la tradición aborigen: «Una gran cantidad de canarios viven todavía en cuevas. Al lado de la Caldera de Bandama se encuentra un poblado completo troglodita, La Talaya» (Verneau, 1981 [1891], p. 193). En cambio, el también antropólogo francés M. Lajard, que visitó el pago, defiende en una conferencia publicada en 1891 en el *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris* (Lajard, 1891, pp. 675-683) la similitud entre las técnicas de elaboración de cerámicas antiguas y moder-

los ingenios y continua experiencia de las cossas hacen estas manufacturas muy curiosas y de todos estimadas» (Sosa, 1994 [1678-1688], pp. 297-298).

²⁸ «Encaramada en lo alto de una montaña de pronunciada pendiente se encuentra una imagen si cabe más romántica e interesante: ceramistas trabajando de idéntica forma que lo hacían cuatro siglos antes, y, quién sabe desde cuándo, sus predecesores: los guanches. Atalaya se encuentra a dos millas de la carretera de San Mateo, y aproximadamente de seis de Las Palmas. No resulta aconsejable ir en una carreta de línea, porque se detiene en el cruce con un antiguo camino secundario que lleva al pueblo. Es preferible ir en carruaje, que puede avanzar por ese camino una milla más, hasta el final, donde se convierte en un escabroso sendero que únicamente puede atravesarse a pie o a lomos de una bestia; y mejor tener una a disposición para afrontar todo el trayecto» (Whitford, 2003 [1890], p. 38).

²⁹ «La Atalaya (Mirador). Es la colección más perfecta de viviendas trogloditas en el Archipiélago. Se divisa el pintoresco Bco. de las Goteras, antiguamente una fortaleza indígena. Los habitantes actuales fabrican cerámicas con arcilla del lugar, moldeándola con una piedra redonda y sin torno, exactamente de la misma manera que los canarios antiguos. Por alguna razón la gente no está bien vista por sus vecinos, quienes raramente se casan con ellos. Es difícil de descubrir si esta aversión es o no un legado anterior a la conquista» (Brown, 2000 [1919], pp. 521-522).

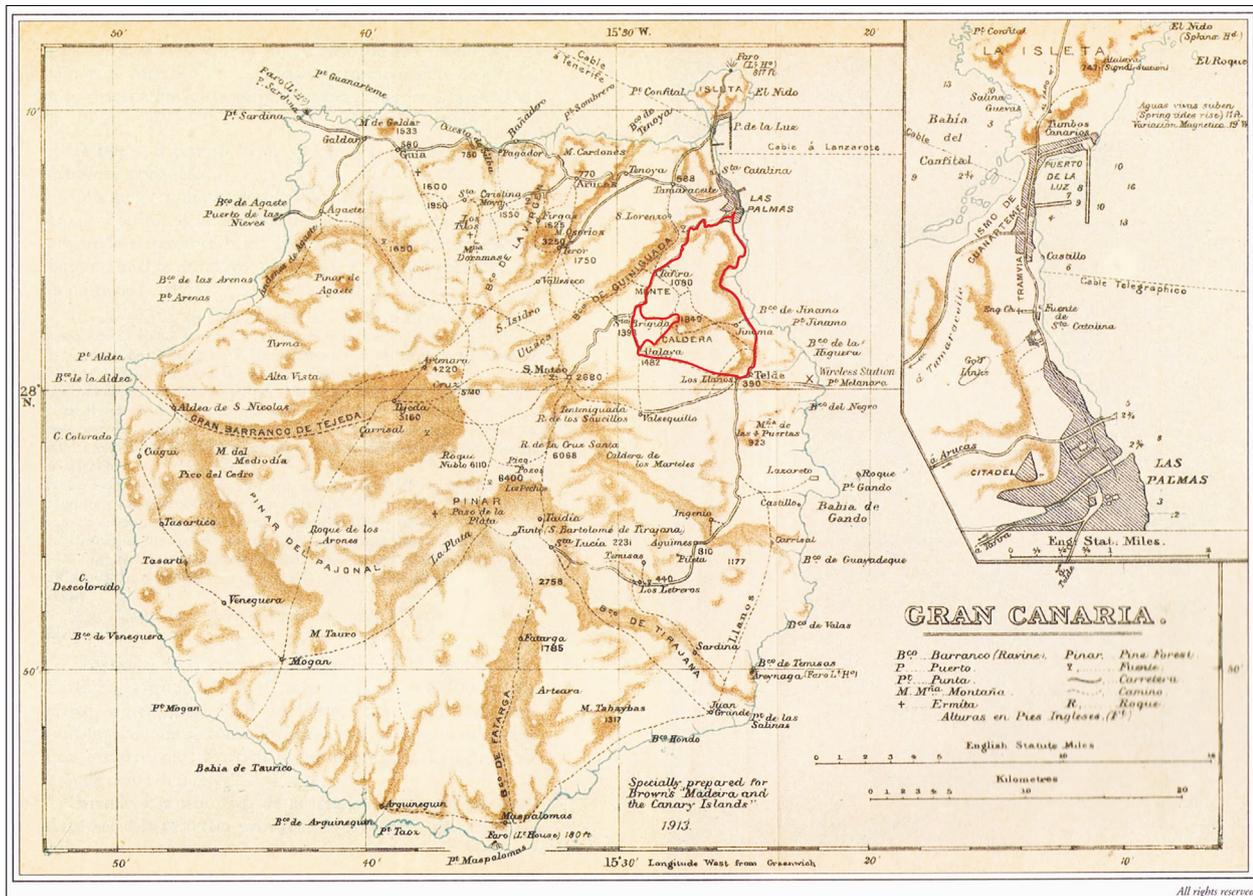


FIG. 11. Excursión turística de la «Vuelta al Mundo», contenida en la *Guía de Gran Canaria* de Brown.

nas de Canarias y sentencia que «La talla de la Atalaya es ventruda y casi plana en la parte inferior, tal como eran las piezas de Gran Canaria antiguamente y como se ven en el museo de Las Palmas». En el coloquio subsiguiente a la exposición de Lajard, que también recoge la publicación, Gabriel de Mortillet defiende y argumenta la posibilidad de que

[...] los métodos empleados antiguamente fuesen los mismos que los actuales [siglo XIX]. Efectivamente, los habitantes modernos han tenido que aprender los procedimientos de alfarería de los antiguos habitantes de las islas, pues los conquistadores del siglo quince conocían el torno; si hubiesen enseñado su oficio a los ceramistas actuales, estos utilizarían el torno, y no lo hacen. Además las formas modernas recuerdan a veces exactamente las formas antiguas.

A partir de este momento el carácter aborígen o pre-hispánico de las técnicas alfareras empleadas en el pago de La Atalaya quedó definitivamente establecido y fue asumido, sin mayor crítica, por los autores posteriores, entre los que destacamos la argumentación que realizan

autores nacionales, como Francisco González, Juan Maluquer, Sebastián Jiménez y Celso Martín, que actúan de nexo de continuidad con la interpretación posterior que desde la antropología moderna local se realiza del poblado, de sus habitantes y de sus tradiciones.

Francisco González publica en el periódico *Diario de Las Palmas* de 10 de julio de 1900 un artículo de marcado carácter ideológico, titulado «La talayera», donde exalta la autenticidad, el carácter y la pureza de raza de las mujeres talayeras³⁰. Juan Maluquer, pocos años más tarde (1906), incide en los mismos tópicos, aunque con menos pasión que F. González, y señala que La Atalaya es un «verdadero pueblo troglodita, recuerdo exacto de las casas guanches. [...] Vive Atalaya la vida primitiva, la guanche, y bien se puede afirmar, que por un rato vivimos

³⁰ «[...] líneas duras [...], macizas construcciones sin gracia, pero vistosas. Formas opulentas, colores sanos, recia musculatura, busto erguido, un escultor podría tomarlas de modelo para representar la fecundidad y la fuerza triunfantes. Fuertes y fecundas son, en efecto, como muy pocas mujeres» (González, 1910).



FIG. 12. Hábitat troglodita y bancales abandonados en La Atalaya.

en el pasado canario, pues los que allí moran, no bien cruzados aún con la raza conquistadora, conservan el aire y facciones del pueblo aborigen»³¹. Sebastián Jiménez, comisario-director y delegado de Excavaciones Arqueológicas de la Provincia de Las Palmas entre 1940 y 1969, da por sentada, con la autoridad científico-política que le confería su cargo, la pervivencia de la tradición alfarera aborigen en los alfares de El Hornillo (Agaete), Lugarejo (Artenara), Hoya de Pineda y La Degollada (Santa María de Guía), La Atalaya (Santa Brígida) y Tunte (San Bartolomé de Tirajana), aunque reconoce que «no con la depurada tipología, técnica constructiva y bella ornamentación y bruñido de la cerámica grancanaria prehistórica» (Jiménez, 1958, p. 213). La misma idea de pervivencia de la tradición aborigen la transmite el arqueólogo Celso Martín, cuando señala que, en la actualidad (hacia 1980), «han pervivido, pero transculturados por influencias exteriores, los centros alfareros de La Degollada (Gáldar), La Atalaya (Santa Brígida), El Lugarejo (Agaete) y Tunte (Tirajana), y otros de transición» (Martín, 1984, p. 363).

Sin embargo, un trabajo de Zamora-Jiménez de 2004

³¹ «[...] verdadero pueblo troglodita, recuerdo exacto de las casas guanches. Allí diseminadas, con fachada tan sólo, tosca y modesta siempre, se encuentran las casas en que viven los 564 habitantes de aquellos contornos montañosos llenos de barrancos y torrentes, dedicados casi exclusivamente a la fabricación de pucheros y útiles de barro, que trabajan à mano, sin torno alguno, pero demostrando una habilidad extraordinaria, pues mientras con la mano derecha dan molde à la pasta, con la izquierda le imprimen un movimiento de rotación que excusa el torno del alfarero. [...] Vive Atalaya la vida primitiva, la guanche, y bien se puede afirmar, que por un rato vivimos en el pasado canario, pues los que allí moran, no bien cruzados aún con la raza conquistadora, conservan el aire y facciones del pueblo aborigen» (Maluquer, 1906, p. 135).



FIG. 13. Familia ceramista en su cueva. Harold Lee, 1888.

aporta datos rigurosos y de gran valor que ponen en entredicho la interpretación de la pervivencia relictual de las tradiciones aborígenes realizada en el siglo XIX por los científicos y los turistas europeos y que obliga a poner en cuestión los fundamentos de la visión sobre el origen del poblado y de los habitantes de La Atalaya. Dichos autores argumentan que debe admitirse que no es hasta finales del siglo XVII cuando existe constancia documentada de la existencia en el lugar de casas, cuevas, viñedos, un camino, un zumacal y una ermita bajo la advocación de san Bartolomé, pero nada que indique la continuidad de un asentamiento de aborígenes ni de pervivencia de las técnicas de elaboración de cerámica. Asimismo, demuestran que el establecimiento de habitantes en La Atalaya data de principios del siglo XVIII y es llevado a cabo por habitantes procedentes de Fuerteventura, que emigran a Gran Canaria huyendo del hambre y la miseria, que se establecen en lugares marginales próximos a la ciudad de Las Palmas, y que se procuran su subsistencia con la producción de cerámica. Como demuestran dichos autores, sin duda, en la actualidad sólo puede afirmarse que existe constancia de la habitación de las cuevas a partir de 1720, por pobladores procedentes de Fuerteventura, y que la práctica alfarera de las talayeras se documenta por primera vez en 1752.

Así pues, el reconocimiento del pago de La Atalaya como un enclave relictual de la cultura aborigen prehistórica, fundamentado en la continuidad de la pervivencia del hábitat troglodita y del empleo de técnicas rudimentarias de elaboración de cerámica, que fueron interpretadas como neolíticas, es un producto de una ficción elaborada



FIG. 14. Dromedario, turista, y moradores de una cueva de alfareros.



FIG. 15. Grabado de «talayeras» con cerámica expuesta para su venta.

por la visión romántica de viajeros y turistas románticos que creen ver en ello la prueba de su primitivismo, y que es elevada a la categoría de verdad científica a finales del siglo XIX y transmitida sin discusión hasta la actualidad. Sin embargo, se debe interpretar más como una recreación de un parque temático etnográfico turístico que de una pervivencia relictual de la cultura protohistórica, creada por los agentes promocionales del turismo romántico y asumida por la interpretación realizada por los primeros científicos que se transmite sin ser revisada. Los investigadores de las islas asumieron esta visión y, especialmente a partir de la década de 1970, en un contexto de revalorización de los estudios etnográficos, se difundió la idea de la autenticidad de los argumentos decimonónicos sobre el carácter singular y antiguo del pago y de sus habitantes, sin que se pusieran en cuestión los fundamentos de los argumentos elaborados a finales del siglo XIX. Incluso aún hoy, cuando comienza a haber indicios suficientes para cuestionar esta idea³², autores de ámbito local persisten en estas mismas ideas. Como ejemplo citemos una frase recogida en un artículo de una publicación colectiva relativa al hábitat troglodita grancañario en general y a los centros loceros trogloditas en particular:

En algunos casos sus habitantes tuvieron que ser, en su mayoría, descendientes de los antiguos canarios, como sucede en los centros loceros trogloditas de La Atalaya, Hoya de Pineda y Lugarrejos, donde hasta hace muy pocos años se mantenía una tradición ancestral transmitida de madres a hijas de generación en genera-

ción, sobre la elaboración de cerámica hecha a mano, sin el uso del torno, tal y como lo hacían las antiguas alfareras aborígenes antes de la llegada de los españoles. (Cuenca Sanabria, 2008, p. 42)

Así pues, y a modo de conclusión, basándonos en lo expuesto, nos consideramos suficientemente apoyados en argumentos como para proponer que la aceptación del esquema humboldtiano de distribución vertical de la vegetación y de la idea de la pervivencia de habitantes que conservan las técnicas prehispanicas de elaboración de cerámica en el pago grancañario de La Atalaya de Santa Brígida están, cuanto menos, escasamente fundamentadas.

Para ello, en el primer caso, nos basamos en los datos aportados por estudios que ponen en cuestión la supuesta aridez «natural» de la vegetación de las islas de Lanzarote y Fuerteventura y la confirmación de la existencia de comunidades y de especies no previstas en el esquema. En el segundo, consideramos que parece suficientemente razonada la hipótesis de la escasa consistencia de la imagen elaborada por los viajeros del siglo XIX a partir de impresiones subjetivas y la solidez de los argumentos contrarios a dicha idea ofrecidos por investigadores recientes. Por ello, en conclusión, pensamos que se puede afirmar que ambas «verdades» son más un producto de una «ficción buscada» que un razonamiento científico argumentado y probado.

BIBLIOGRAFÍA

ANÓNIMO [Erzherzog Ferdinand Maximilian von Habsburg] (1861): *Reise Skizzen. Über die Linie, 1860*. Aus der k. k. Hof- und Staatsdruckerei, Viena.

³² Zamora Maldonado y Jiménez Medina (2004 y 2008), y Quintana Andrés (2008b); Santana Santana y Rodríguez Socorro (2009).

- ATOCHE PEÑA, P. (2009): «Estratigrafías, cronologías absolutas y periodización cultural de la protohistoria de Lanzarote». *Zephyrus*, LXIII, enero-junio, pp. 105-134.
- J. A. PAZ PERALTA, M. A. RAMÍREZ RODRÍGUEZ y M. E. ORTIZ PALOMAR (1995): *Evidencias arqueológicas del mundo romano en Lanzarote (Islas Canarias)*. Col. Rubicón, 3, Arrecife.
- BOTTING, D., (1981): *Humboldt y el Cosmos: vida, obra y viajes de un hombre universal (1769-1859)*. Ediciones del Serbal, Barcelona.
- BOURQUET, M.-N. (2002): «El Mundo visto desde lo alto del Teide: Alexander von Humboldt en Tenerife», en J. Montesinos, J. Ordóñez. y S. Toledo (eds.): *Ciencia y romanticismo*. Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, La Orotava, pp. 279-301.
- BROWN, A. S., (2000 [1916]): *Madeira, Islas Canarias y Azores*. Ediciones del Cabildo de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria.
- BRUQUETAS DE CASTRO, F. (1997): *Las actas del Cabildo de Lanzarote (siglo XVIII)*. Servicio de Publicaciones del Cabildo de Lanzarote, Arrecife.
- BUCH, L. (1825): *Physicalische Beschreibung der Canarischen Inseln*. Berlín.
- (1999 [1836]): *Descripción física de las Islas Canarias*. Estudio crítico de Manuel Hernández González, traducción de José A. Delgado Luis, Graficor, La Laguna (Tenerife).
- BURTON, R. F. (2004 [1883]): *Mis viajes a las Canarias*. Nivaria Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- BURTON ELLIS, A. (1993 [1885]): *Islas de África occidental (Gran Canaria y Tenerife)*. Introducción de Manuel Hernández González, traducción de José A. Delgado Luis, Graficor, La Laguna (Tenerife).
- CARRACEDO, J. C., J. MECO, A. LOMOSCHITZ, M. A. PERRERA, J. BALLESTER Y BETANCORT (2004): «Comment on: Geoarchaeological and cronometrical evidence er early human occupation on Lanzarote (Canary Islands)» *Quaternary Science Reviews*, 23, núm. 18-19, pp. 2.045-2.049.
- CEBALLOS FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, L., y F. ORTUÑO MEDINA (1976 [1951]): *Estudio sobre la vegetación y flora forestal de las Canarias occidentales*. Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife.
- CHRIST, H., (1998): *Un viaje a Canarias, en primavera*. Prólogo de Ángel Luque Escalona, traducción de Karla Reimers Suárez y Ángel Hernández Rodríguez, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canarias, Las Palmas de Gran Canaria.
- CRiado HERNÁNDEZ, C. (1990): «La evolución del paisaje de Fuerteventura a partir de fuentes escritas (siglos XV-XIX)». *Tebeto*, III, pp. 247-259.
- CUENCA SANABRIA, J. (2008): «El trogloditismo entre los aborígenes canarios. Introducción. Los trogloditas en Gran Canaria», en *El patrimonio troglodítico de Gran Canaria*. Asociación Insular de Desarrollo Rural de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 41-43.
- EDUARDES, C. (1998 [1888]): *Excursiones y estudios en las Islas Canarias*. Prólogo de Nicolás González Lemus, traducción y notas de Pedro Arbona, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- GLASS, G. (1982 [1764]): *Descripción de las Islas Canarias 1764*. Instituto de Estudios Canarios-Goya, Santa Cruz de Tenerife.
- GARCÍA-TALAVERA CASAÑAS, F. (2003): «Depósitos marinos fosilíferos del Holoceno de La Graciosa (Islas Canarias) que incluyen restos arqueológicos». *Revista de la Academia Canaria de Ciencias*, XIV, núms. 3 y 4, pp. 19-35.
- GONZÁLEZ ANTÓN, R., y M. del C. del ARCO AGUILAR (2009): «Navegaciones exploratorias en Canarias a finales del II milenio a. C. e inicios del primero. El cordón litoral de La Graciosa (Lanzarote)». *Canarias Arqueológica*, vol. 17, pp. 9-80.
- GONZÁLEZ LEMUS, N. (2011): «Sociedad canaria y esclavitud americana en la obra de Alexander von Humboldt». *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 57, pp. 27-62.
- GONZÁLEZ, F. (1900): «La talayera». *Diario de Las Palmas*, año VI, núm. 1.716, 10 de julio.
- HERNÁNDEZ, M., J. M. OLIVER y A. RELANCIO (comisarios) (2007): *Canarias, otra mirada. Viajeros, exploradores y naturalistas*. Las Palmas de Gran Canaria.
- HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, A. (1996): *La Edad de Oro*. Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife.
- HERRERA PIQUÉ, A. (1987): *Las islas Canarias, escala científica en el Atlántico. Viajeros y naturalistas en el siglo XVIII*. Rueda, Madrid.
- HUMBOLDT, A. (1995): *Viaje a las Islas Canarias*. Edición, estudio crítico y notas de Manuel Hernández González, traducción de Lisandro Alvarado, Francisco Lemus Editor, La Laguna.
- y A. BONPLAND (1807-1834): *Voyages aux régions équinoxiales du Nouveau Continent, fait en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 et 1804 par Al. De Humboldt et A. Bonpland; rédigé par Alexandre de Humboldt; avec un atlas géographique et physique*. París.
- y A. BONPLAND (1815-1832): *Reise in die Aequinoctial-Gegenden des neuen Continents in den Jahren 1799,*

- 1800, 1801, 1802, 1803 und 1804.- 6 Teile. Stuttgart/Tubinga.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, S. (1958): «Cerámica grancanaria prehispanica de factura neolítica». *Anuario de Estudios Atlánticos*, 4, pp. 193-244.
- KLÆR, F.C. (1889): «Professor Christen Smiths Dagbog paa Reisen til de Canariske Øer i 1815», en <http://humboldt.mpiwg-berlin.mpg.de/Smith_LiSe/Hiindex.html>.
- LAJARD, M. (1891): «Procedimientos primitivos de alfarería en las Islas Canarias». *Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris*, 4.^a serie, t. 2, pp. 675-683.
- LATIMER, F. (2005 [1888]): *Los ingleses en las Islas Canarias*. Prólogo de Santiago J. Henríquez Jiménez, traducción y notas de Alicia Rodríguez Álvarez, Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- Le Canarien. Crónicas francesas de la conquista de Canarias* (1986 [1402-1408]). Aula de Cultura de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife.
- LEA DE NASCIMENTO, R. (2006): *Evolución de la vegetación a través del registro fósil en la laguna de La Laguna (Tenerife, Islas Canarias) y su relación con el clima y la actividad humana en el pasado*. Memoria de investigación dirigida por el Dr. José María Fernández-Palacios Martínez, Departamento de Parasitología, Ecología y Genética, Facultad de Biología, Universidad de La Laguna.
- MACHADO YANES, M. C. (1996): «Reconstrucción paleoecológica y etnoarqueológica por medio del análisis antracológico. La cueva de Villaverde. Fuerteventura», en P. Ramil Rego y otros (coords.): *Biogeografía pleistocena-holocena de la península ibérica*. Santiago de Compostela, pp. 261-274.
- MALUQUER Y VILADOT, J. (1906): *Recuerdos de un viaje a Canarias*. Imprenta de Henrich y Compañía en Comandita, Barcelona.
- MARTÍN DE GUZMÁN, C. (1984): *Las culturas prehispanicas de Gran Canaria*. Cabildo de Gran Canaria, Madrid.
- MORALES MATOS, G. (2001): «Las Islas Canarias ¿Una región aislada?». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, núm. 32, pp. 155-171.
- y A. SANTANA SANTANA (2006): *Islas Canarias. Territorio y sociedad*. Anroart Ediciones, Las Palmas de Gran Canaria.
- MORALES PADRÓN, F. (1993): *Canarias: crónicas de su conquista*. 2.^a ed., Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria.
- MONTESINOS SIRERA, J., y J. RENN (2002): «Expediciones científicas a las Islas Canarias en el periodo romántico (1770-1830)», en J. Montesinos, J. Ordóñez y S. Toledo (eds.): *Ciencia y romanticismo*. Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, La Orotava, pp. 329-354.
- OLIVER FRADE, J. M., y A. RELANCIO MENÉNDEZ (eds.) (2007): *El descubrimiento científico de las Islas Canarias*. Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, Santa Cruz de Tenerife.
- PICO, B., y D. CORBELLA (dirs.) (2000): *Viajeros franceses a las Islas Canarias. Repertorio bibliográfico y selección de textos*. Instituto de Estudios Canarios, Santa Cruz de Tenerife.
- PLINIO EL VIEJO (1995-1998): *Historia natural*. 4 vols., traducción de A. Fontán y otros, Gredos, Madrid.
- POUDENX, L. H. L., conde de (1819): «Fragment sur une excursion, entreprise dans la grande Canaire». *Annales Générales des Sciences Physiques*. Bruselas, t. II. En B. Pico y D. Corbella (dirs.) (2000): *Viajeros franceses a las Islas Canarias*. Instituto de Estudios Canarios, Santa Cruz de Tenerife.
- ROLDÁN VERDEJO, R. (1970): *Acuerdos del Cabildo de Fuerteventura. 1605-1659*. Fontes Rerum Canaria-rum XVII, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna de Tenerife.
- ROMERO RUIZ, C. (1991): *La erupción de Timanfaya (Lanzarote, 1730-1736). Análisis documental y estudio geomorfológico*. Universidad de La Laguna, Secretariado de Publicaciones, Serie Informes núm. 30, La Laguna de Tenerife.
- SALAS PASCUAL, M., y M. T. CÁCERES LORENZO (2000): «Datos históricos de la presencia de fitotopónimos relacionados con el género *Quercus* L. en Canarias». *Vegueta*, 5, pp. 341-348.
- SANTANA SANTANA, A. (2001): *Evolución del paisaje de Gran Canaria (siglos XV-XIX)*. Cabildo de Gran Canaria, Madrid.
- y T. ARCOS PEREIRA (2006): «Las dos islas Hepérides atlánticas (Lanzarote y Fuerteventura, Islas Canarias, España) durante la Antigüedad: del mito a la realidad». *Gerión*, 24, núm. 1, pp. 85-110.
- T. ARCOS PEREIRA, P. ATOCHE PEÑA y J. MARTÍN CULEBRAS (2002): *El conocimiento geográfico de la costa noroccidental de África en Plinio: la posición de las Canarias*. Georg Olms Verlag, Spudasmata Band 88, Hildesheim/Zúrich/Nueva York.
- y M. del P. RODRÍGUEZ SOCORRO (2009): *Turismo y tradición en el pago alfarero de La Atalaya de Santa Brígida*. Ediciones Idea, Santa Cruz de Tenerife.
- y J. RODRÍGUEZ TOLEDO (1999): «Introduction and Dispersión of *Phoenix dactylifera* in the Canarian Ar-

- chipelago: Elements of Discussion». *Acta Horticulturae*, 486, pp. 297-305.
- SARMIENTO PÉREZ, M. (2005): *Las Islas Canarias en los textos alemanes (1494-1865)*. Anroart Ediciones, Las Palmas de Gran Canaria.
- (2007): «Cuevas canarias en los textos de viajeros alemanes del siglo XIX», en S. J. Hernández (coord.): *El viaje literario y... la cueva: imágenes de la memoria*. Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 252-286.
- SCHACHT, H. (1859): *Madeira und Tenerife mit ihrer Vegetation*. G. W. F. Müller, Berlín.
- SMITH, C. (2005 [1889]): *Diario del viaje a las Islas Canarias en 1815*. Traducción de Cristina S. Hansen, estudios preliminares de Per Sunding y Arnoldo Santos, Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, La Orotava (Tenerife).
- SOSA, Fray J. de (1994 [1678-1688]): *Topografía de la isla afortunada de Gran Canaria*. Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria.
- TORRIANI, L. (1978 [1592]): *Descripción e Historia del Reino de las Islas Canarias, antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*. Traducción, introducción y notas por A. Cionanescu, Goya Ediciones, Santa Cruz de Tenerife.
- TOUS MELIÁ, J. (1997): *Descripción Geográfica de las Islas Canarias [1740-1743] de Don Antonio Riviere*. Museo Militar Regional de Canarias, Madrid.
- (2014): *Las Islas Canarias a través de la cartografía*. Gaviño de Franchy Editores, Santa Cruz de Tenerife.
- VERNEAU, R. (1981 [1891]): *Cinco años de estancia en las Islas Canarias*. JADL La Orotava.
- VILLALBA MORENO, E. (2003): *El Teide, una mirada histórica*. Ministerio de Medio Ambiente, Organismo Autónomo de Parques Nacionales, Madrid.
- WEBB, P.-B., y S. BERTHELOT (1840): *Histoire Naturelle des Îles Canaries. III, 1. Géographie Botanique*. Disponible en <http://humboldt.mpiwg-berlin.mpg.de/webb_histo_fr_01_1840/HTML/HMP_0001.html>.
- WHITFORD, J. (2003 [1890]): *Las Islas Canarias, un destino de invierno (1890)*. Ed. Jonay Sevillano Regalado, La Orotava (Tenerife).
- ZAMORA MALDONADO, J. M., y A. M. JIMÉNEZ MEDINA (2004): *El centro locero de Tunte (San Bartolomé de Tirajana, Gran Canaria)*. Cabildo de Gran Canaria-FEDAC, Las Palmas de Gran Canaria.
- ZÖLLER, L., H. SUCHODOLETS y N. KÜSTER (2003): «Geoarchaeological and chronometrical evidence of early human occupation on Lanzarote (Canary Islands)». *Quaternary Science Reviews*, 22, pp. 1.299-1.307.